

## Sobre sociología e historia\*

---

Renán Silva

En la duración como en el cielo la eficacia de una fuerza no se mide por la distancia

Marc Bloch

1 Estas son líneas que aspiran muy poco a la polémica, sobre todo porque el postulado que las anima, esto es, destacar el carácter histórico de todo fenómeno social, representa hoy una conquista del pensamiento crítico y un principio sobre el cual, en general, parece existir un acuerdo entre los miembros de la comunidad de investigadores que en el país trabajan en el campo de las ciencias sociales, aunque es posible que haya que guardar cierto escepticismo respecto de la incorporación de tal postulado como un habitus en la práctica efectiva del oficio, sobre todo en el caso de la sociología y ante todo en el caso de la llamada ciencia política, dos disciplinas en las que parecen mantenerse las más altas reservas frente a la necesaria consideración histórica de todo acontecimiento presente, tal como lo señaló con agudeza Norbert Elias, quien hablaba del “atrincheramiento de los sociólogos en el presente”.<sup>1</sup>

---

\* El presente texto fue presentado, hace ya algún tiempo, como contribución a las discusiones sobre el programa de estudios de sociología del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle. He realizado algunas correcciones mínimas de estilo, corregido algunos defectos gramaticales y agregado algunas Notas de pie de página. Pero el argumento central se mantiene inmodificable.

<sup>1</sup> Cf. “El retraimiento de los sociólogos en el presente” [1983], en NORBERT ELIAS, *Conocimiento y Poder*. La Piqueta, Madrid, 1994, p. 195 y ss. Para la tesis general sobre el desapego de la modernidad por el pensamiento histórico –“En la mayoría de los campos de la cultura intelectual y artística, tanto en Europa como en Estados Unidos en el siglo XX se aprendió a pensar sin la historia”- cf. CARI. E. SCHORSKE, *Pensar con la historia* [1998]. Taurus, Madrid, 2001, pp. 17-39.

Recordemos que una de las críticas más brillantes de la sociedad capitalista en el siglo XIX se realizó bajo la forma de crítica de un sistema de economía política que pensaba sus categorías como de validez universal, olvidando su carácter históricamente determinado, lo que impedía la comprensión rigurosa tanto de su lógica como de su genealogía<sup>2</sup>, haciendo a esta concepción, en sus más conspicuos expositores, como “internamente contradictoria” (como en el caso de David Ricardo), y en los menos brillantes, como simple “locus communis” (como en el caso de Bastiat y Carey). A tal concepción del “proceso sin historia” la fustigaba Marx en términos políticos, caracterizándola por sus efectos, como apologética, y en ocasiones se esforzó, aunque en forma más bien precaria e instrumental, por mostrar su conexión con los mecanismos de la dominación de clase. Y en términos que hoy llamaríamos epistemológicos, estigmatizó tal concepción con una noción de gran interés para la enseñanza y la investigación, diciendo que se trataba de una forma y un estilo aconceptuales.<sup>3</sup>

2. El problema de las relaciones entre Historia y Sociología en el plano teórico –núcleo de problemas en el cual nos concentraremos, dejando de lado lo que en la actualidad se llama “sociología histórica” y se asocia con la obra de Ch. Tilly y su escuela-, ha sido la ocasión de algunos de los debates más infecundos que en el siglo XX las ciencias sociales han producido. Un debate que ha puesto de manifiesto todos los vicios de prácticas intelectuales y de estilos de discusión que son aun deudores del silogismo y de la disputatio, pero exasperados, y no en raras ocasiones, por la propia mala fe de los contrincantes. El procedimiento regularmente empleado ha sido el siguiente: cada uno de los rivales fabrica un enemigo en la forma y en la medida en que lo exigen su propia refutación, y procede luego a tal refutación, con el triste resultado de lograr lo que se proponía, esto es, la aparente destrucción del adversario construido.<sup>4</sup>

Así por ejemplo, en el debate francés de los primeros treinta años del siglo XX, algunos historiadores en polémica se esforzaban por confundir la sociología con cierta interpretación de la obra de Durkheim, cerrando por esta vía el camino para comprender la importancia que algunas de sus categorías, y sobre todo muchos de

---

<sup>2</sup> KARL MARX, *Miseria de la filosofía* [1847]. Siglo XXI, Buenos Aires, 1970. Marx escribe, p. 85: “Los economistas nos explican cómo se producen esas relaciones dadas, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra”.

<sup>3</sup> Cf. KARL MARX, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. T. 2. Ediciones Brumario, Buenos Aires, 1974. Cf. en especial “Economía política clásica y economía política vulgar”.

<sup>4</sup> Un modelo de complejidad y alcance explicativo de las luchas intelectuales académicas “disciplinarias” es el que ofrece Marx en su interpretación del proceso de descomposición de la filosofía hegeliana. Cf. KARL MARX, *La ideología alemana* [1845]. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1975. Un modelo más reciente y sofisticado de tales luchas –y con apoyo empírico suficiente–, es el PIERRE BOURDIEU, en *Homo Academicus*. Les Éditions de Minuit, París, 1984.

sus análisis, tenían para la constitución de una ciencia nueva de la historia, separada de las viejas historiografías del acontecimiento aislado y del héroe. Sólo un historiador profundamente renovador como Marc Bloch fue capaz de sacar, con beneficio crítico, todas las conclusiones que para una historia cultural ofrecía la obra de Durkheim, a través de la exploración empírica cuidadosa de nociones como “conciencia colectiva” y “representaciones colectivas”.<sup>5</sup>

Por su parte, la competencia universitaria de los historiadores, es decir los sociólogos que trataban de legitimarse desde fuera de la Sorbonne y en la propia Sorbonne, en contra de filósofos y de historiadores que monopolizaban el campo de los estudios sociológicos –por ejemplo bajo epígrafes como “filosofía social” o “Los reyes de Francia en la Antigüedad”-, y bloqueaban el camino de avance de la nueva ciencia social en proceso de constitución, acusaban a la historia de “falsa ciencia”, carente de toda positividad, para lo cual se facilitaban su tarea tomando unilateralmente como lo más representativo del trabajo histórico el modelo ya desueto de Langlois y Seignobos, en tanto que a su lado, y al parecer sin que se dieran cuenta, comenzaban a producirse muchos de los trabajos pioneros que, años después, definirían la Escuela de los Annales.<sup>6</sup>

De manera curiosa y paradójica, uno de los grandes fundadores de la sociología moderna, Norbert Elias, en la fijación inicial de sus categorías centrales de análisis –por ejemplo la categoría de configuración-, acudiría de nuevo al procedimiento de lanzar batalla frontal contra lo que el consideraba la forma por excelencia del trabajo de los historiadores. De esta manera, la Sociedad Cortesana (en sus líneas esenciales ya redactada a mediados de los años treinta) se abre con un famoso capítulo, que muchos sociólogos consideran aun hoy como escritura sagrada, en el que caracterizaba todo trabajo de investigación histórica como apoyado y dependiendo de tres grandes puntos. En primer lugar, de una idea del acontecimiento histórico como único e irrepetible; en segundo lugar de un predicado que postulaba que la libertad de los individuos es la base de todas sus decisiones y acciones; y en tercer lugar de una concepción que considera que las evoluciones determinantes de la sociedad son el producto de los actos y de las intenciones de aquellos que resultan ser en la sociedad los más ricos y poderosos, de tal manera que, según la expresión precisa de Elias, aquel saber que intentaba

---

<sup>5</sup> Cf. MARC BLOCH, *Les rois thaumaturges* [1924]. Armand Colin, Paris, 1983. Para un balance rápido de las relaciones entre Durkheim y la escuela de los Annales, cf. PETER BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989* [1990]. Barcelona, Gedisa, 1993; y más en general, para un cuadro de superficie de las relaciones entre historia y sociología, cf. P. BURKE, *Sociología e Historia* [1989]. Alianza, Madrid, 1987.

<sup>6</sup> Así por ejemplo *L' Ille de France*, la tesis doctoral de MARC BLOCH es del año 1913 y el *Philippe II et la Franche-Comté*, la correspondiente de LUCIEN FEBVRE, es de 1911.

hacerse pasar por ciencia no era más que una forma intelectual reproducida de la propia ideología de la sociedad que se intentaba comprender.<sup>7</sup>

La situación es en extremo paradójica y muestra además de qué manera la actividad efectiva de la ciencia se combina con las formas imaginarias de pensarla y de reconstruir su historia, pues Elias en realidad se encuentra produciendo una visión de una novedad extraordinaria, posiblemente incomprendida hasta el presente, pero para ello se apoya en una caracterización de una “ciencia de la historia” que se encuentra desde hace ya tiempo en camino de ser superada por el propio trabajo de... los historiadores, tan rudamente criticados. En palabras de Roger Chartier, el objeto de Elias, por diferencia con los objetos que fabrican los historiadores convencionales, era:

No estudiar a un rey en particular sino la función de dicho rey, no la acción de un príncipe, sino la red de obligaciones en la cual se encuentra inscrito: este es el principio en sí del análisis sociológico según Elias, y la primera especificidad que le distingue fundamentalmente del enfoque histórico.<sup>8</sup>

Y sin embargo, es claro que en ese mismo momento, y en parte desde años atrás, los historiadores, de manera visible en Francia, pero no menos en Inglaterra y en Alemania, venían trabajando en direcciones nuevas que terminarán siendo semejantes y complementarias de las vías de análisis abiertas por Elias, lo que se puede incluso mostrar recordando una anécdota famosa entre los historiadores, ocurrida años más tarde, cuando el joven Fernand Braudel le escribe al viejo maestro Lucien Febvre solicitándole ser el director de su tesis en preparación sobre Felipe II y el Mediterráneo, a lo que, tiempo después, Febvre responderá diciendo que se encuentra encantado de dirigir un trabajo sobre el Mediterráneo y Felipe II.<sup>9</sup>

Lo cierto es que se trató, entre historiadores y sociólogos, de una polémica enrarecida, hecha de mutua ignorancia, desconocimiento y simplificación, y en la cual, para empeorar las cosas, el centro no estuvo ocupado por el examen particular de resultados concretos de investigación, sino que, como era de esperarse, el debate se elevó hacia las altas esferas de la teoría, lugar en el cual los historiadores

---

<sup>7</sup> NORBERT ELIAS, *La sociedad cortesana* [1969]. F.C.E., México, 1982. Cf. en particular: “Introducción: sociología y ciencia de la historia”, pp. 9-52.

<sup>8</sup> ROGER CHARTIER, “Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización” –Prefacio a *La Société de Cour*. Paris, Flammarion, 1985-, en R. CHARTIER, *El mundo como representación*. Gedisa, Barcelona, 1992, pp. 81-120. La frase citada en p. 82. El texto de R. CHARTIER resulta esencial para entender la novedad de la obra de Elias, tanto para la sociología como para la historia.

<sup>9</sup> No se puede dejar de mencionar que, luego de la publicación a finales de los años sesenta en Alemania, de la *Sociedad Cortesana*, muchos sociólogos recibieron la obra con desconfianza, por el carácter en apariencia tradicional de su objeto: el estudio de las cortes y de los reyes en un período de la

no han sido nunca trabajadores muy aprovechados, pero lugar en el cual los sociólogos han sido, cuando menos, excesivos.<sup>10</sup>

Han faltado así, pues, en muchos de estos debates, y no sólo en el caso francés, las condiciones mínimas de una discusión racionalista, de eso que don Michel de Montaigne llamó alguna vez el arte de conversar, de aquello que Jorge Luis Borges expresó con admirable ecuanimidad:

Las polémicas son inútiles, estar de antemano de un lado o del otro es un error, sobre todo si se oye la conversación como una polémica, si se la ve como un juego en el cual alguien gana o alguien pierde. El diálogo tiene que ser una investigación y poco importa que la verdad salga de una boca o de otra. Yo he tratado de pensar al conversar, que es indiferente que yo tenga razón o que tenga razón usted; lo importante es llegar a una conclusión, y de qué lado de la mesa llega eso o de qué boca, o de qué rostro, o desde qué nombre es lo de menos.

3. Frente a esta situación enrarecida, y desde el punto de vista de la historia, podemos tomar como excepción de alto valor positivo, el debate que a mediados del siglo XX adelantó Fernand Braudel en célebres artículos reunidos luego bajo el título de *Écrits sur l'histoire*, y en que se recogía uno de sus más emblemáticos trabajos al respecto: “*Histoire et sciences sociales: la longue durée*”, originalmente publicado en *Annales* en 1958, en la sección “*Debates y Combates*”<sup>11</sup>. La posición de

---

historia de Francia, sin darse cuenta que el análisis particular de la corte y la realeza francesas estaba al servicio de otro objeto mayor, la corte, no como simple existencia particular, sino como el modelo de un lugar ostentatorio de una vida colectiva ritualizada por la etiqueta y caracterizada por formas singulares de interdependencia social, relaciones de poder y maneras civilizatorias, modelo del cual se describía tanto su funcionamiento como su génesis, al igual que las condiciones de su liquidación.

<sup>10</sup> Los ecos de la polémica europea y su divulgación corrieron entre nosotros esencialmente por cuenta de GERMÁN COLMENARES –cf. por ejemplo “La historiográfica científica del siglo XX. El caso de la escuela francesa de los *Annales*” [1977], en *Ensayos sobre historiografía*. Tercer Mundo, Bogotá, 1997-, quien había sido alumno directo de BRAUDEL y de PIERRE CHAUNU, y protegido de PIERRE VILAR; pero tienen un antecedente interesante y hasta sorprendente en los trabajos de investigación histórica (superficiales pero agudos y pioneros) de ESTANISLAO ZULETA, quien mostraba cierta familiaridad, aunque precaria, con la obra de MAX WEBER –*Historia económica general*- y de WRIGHT MILLS –*La imaginación sociológica*-, y un cierto conocimiento de los trabajos de BRAUDEL, en particular de *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Cf. al respecto ESTANISLAO ZULETA, *Historia económica de Colombia* (“1. Hacia una concepción estructural de las ciencias sociales”). Universidad del Tolima, Ibagué, 1975. La forma integrada de comprender las relaciones entre historia y sociología, distintiva de la enseñanza en Escuela Normal Superior, puede rastrearse en la obra de JARAMILLO URIBE –el discípulo más importante de la Escuela Normal- y en sus propias “vacilaciones disciplinarias”. Cf. JAIME JARAMILLO URIBE, *De la sociología a la historia* –edición de G. Cataño-. Ediciones Uniaandes, Bogotá, 1994.

<sup>11</sup> Cf. FERNAND BRAUDEL, *Escritos sobre la historia* [1969]. F.C.E., México, 1991. El artículo sobre las ciencias sociales y la larga duración [1958] en pp. 39-84. Cf. también, respecto de los renglones que siguen: “Unidad y diversidad de las ciencias del hombre”, pp. 75-84, y “Historia y sociología”, pp. 85-106. Cf. también, por su utilidad, JACQUES REVEL, comp., *Fernand Braudel et l'histoire*. Hachette, Paris, 1999.

F. Braudel, aunque a veces discutible en extremo, pero explícita, tuvo el mérito de “resumir” y actualizar (sobre la base de sus propios trabajos) los debates de principios del siglo XX, y de abrir nuevas perspectivas de discusión sobre un tema importante, que de manera lamentable los años 70 convertirían más bien en polémica estéril y un tanto exasperante: las relaciones entre historia y estructura - punto nodal de las diferencias entre sociología e historia, y que había sido causa de malhumorado enfrentamiento entre el establecimiento filosófico existencialista encabezado por Sartre y los cultores de las matemáticas y la lingüística trasladadas al campo de las sociedades sin escritura, representados por Lévi-Strauss.<sup>12</sup>

Fernand Braudel, recogiendo los logros iniciales de lo que aun no se llamaba la nueva historia, puso de presente algunos puntos esenciales de la discusión, o mejor, para utilizar una expresión que fue de las favoritas en su momento, puso de presente el “diálogo necesario” entre las Ciencias del Hombre, apoyándose en los siguientes cuatro puntos:

1. Que la historia y la sociología, en tanto disciplinas explicativas totalizantes e integrales, tenían una cierta vocación imperialista, a lo que se sumaba, como consecuencia, la dificultad de una definición bien delimitada del objeto de cada una de estas disciplinas, encontrándose su diferenciación, tal vez por el lado del enfoque y de los métodos, y en parte por el lado del tipo de materiales con que se trabaja, más bien que por los lados del objeto.<sup>13</sup>

2. Que la historia necesita de la sociología (y de las demás ciencias sociales) para construirse como una disciplina con pretensiones medianamente explicativas, en particular haciendo uso razonado de las nociones de “estructura”, de “modelo” y de “regularidad” sociales, tipos de nociones que son las que le permitirían dar algún orden a sus materiales y disponer de principios de inteligibilidad que de otra manera serían imposibles de encontrar en medio de fuentes y testimonios cada vez más amplios y contradictorios.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> De nuevo el debate de los años setenta, pero con mayor acaloramiento, produjo la incompreensión, el esquematismo y hasta la descortesía presentes en los años anteriores. Así, el bueno de PIERRE VILAR descalificó la obra lúcida y sorprendente de MICHEL FOUCAULT, declarándola, igual que lo hacía Sartre, como “testimonio de la reacción ideológica de una clase amenazada” (!).

<sup>13</sup> Por ejemplo en FRANCOIS FURET la definición del “objeto” de la historia es perfectamente amplia y ambigua, en primer lugar porque, como con acierto lo recuerda Furet, la historia no estudia periodos, sino problemas (históricamente localizados); y en segundo lugar porque la historia no se reduce a la descripción de una en especial entre las varias dimensiones (“económicas”, “sociales”, “culturales”, etc.) de la actividad humana. “Si [la historia] posee una especificidad respecto de las demás ciencias sociales, está precisamente en no tener ninguna, y pretender explorar el tiempo en todas sus dimensiones”. Cf. FRANCOIS FURET, “Lo cuantitativo en historia” [1971], en JACQUES LE GOFF y PIERRE NORA, Hacer la historia [1974], Vol. 1. Laia, Barcelona, 1978, p. 55 y ss.

<sup>14</sup> Con acierto HOBBSBAWM ha escrito: “De ahí que la historia de la sociedad sea una colaboración entre modelos generales de la estructura y del cambio sociales, y el conjunto de fenómenos específicos que de

3. Que resultaba inútil, si se quería discutir de verdad, seguir repitiendo -¡y esto después de Marx!- que el objeto de la historia es el “pasado” y el de la sociología el “presente”. La noción de larga duración es precisamente el instrumento encargado de complicar el asunto para quienes se imaginan que se puede seguir operando con nociones de pasado y de presente que son simples traducciones espontáneas de la práctica inmediata y de aquello que nos enseñaron en la escuela elemental nuestros dedicados maestros.

4. Finalmente, fue muy valioso el intento de Braudel cuando recordó que existía algo que puede ser llamado la ciencia social y que se caracteriza precisamente por su unidad y diversidad; que las disciplinas son ante todo prácticas y oficios; que las relaciones entre las ciencias sociales particulares –individualizadas por una cierta relación con el objeto, por algunas perspectivas singulares de método y por un tipo de tratamiento del espacio y del tiempo- no pueden estar regidas por la estrechez corporativa de los gremios profesionales; y que, más que como un problema de “identidad inmediata”, el problema de sus relaciones debería ser planteado como un problema de convergencia y cooperación, como un problema de unidad y diversidad simultáneas. Braudel concluía:

No habrá ciencia social, a mi modo de ver, más que en la reconciliación en una práctica simultánea a nuestros diferentes oficios. Alzarles uno contra otro es cosa fácil pero ya demasiado escuchada. Lo que necesitamos es una música nueva.<sup>15</sup>

Sin embargo, en cada una de las disciplinas, y en el oficio que cada una de ellas despliega, los equívocos continúan, y esto porque se trata de un conjunto real de tensiones que en cada momento encuentran una u otra forma solución parcial en

---

hecho ocurrieron. Esto es válido para cualquier escala geográfica y cronológica que adopten nuestras investigaciones”. Cf. “De la historia social a la historia de la sociedad” [1972], en ERIC HOBSBAWM, *Sobre la Historia* [1997]. Crítica, Barcelona, 1998, pp. 84-103. Treinta años después y a la luz de las evoluciones en extremo dinámicas de las ciencias sociales y de la historia, habría oportunidad de reformular y ampliar esta idea. No se trata desde luego de que la necesidad de modelos sociales generales para la investigación histórica, como lo postulaba desde principios del siglo XX FRANCOIS SIMMIAND, haya desaparecido. Pero el recurso a tales modelos debe ser combinado con el uso de perspectivas de escala “micro” y de análisis concentrado, tal como lo hace por ejemplo GIOVANNI LEVI en *Le pouvoir au village* –cf. especialmente el prólogo de JACQUES REVEL: “L’histoire au ras du sol”); con los intentos de comprensión del conjunto de la sociedad a través del examen de casos límite, de los bordes y de los reversos sociales –cf. por ejemplo MICHEL FOUCAULT, *MOI, PIERRE RIVIÈRE...* o JEAN-CLAUDE SCHMITT, *Historia de los marginados*; y desde luego con el uso de la biografía como forma de análisis de la sociedad y de las formas históricas de individualidad –cf., por ejemplo, CARLO GINZBURG, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*.

<sup>15</sup> Pero las malas costumbres se perpetúan en contra de la necesidad de música nueva. Todavía en 1970 el gran historiador de la sociedad romana, P. VEYNE, escribía con torpeza y provocación: “¿Cuál es la razón, entonces, de que exista la sociología...? La razón es que la historia no agota el ámbito que le es propio y deja a la sociología que lo haga en su lugar. Cf. PAUL VEYNE, *Cómo se escribe la historia* [1971]. Alianza, Madrid, 1984, cf. en particular, p. 180.

las obras concretas que la investigación social produce –y esto es una parte central de mi argumento–.

Tensiones derivadas de los enfoques (en particular la posición que cada una de las disciplinas asume frente al tiempo), pero también tensiones impuestas por los problemas específicos de análisis que cada enfoque propone, resultando de ahí un cierto desequilibrio superado en muy contadas ocasiones. Marcel Mauss, lo expresó a su manera, pero con envidiable claridad, en una Nota publicada en 1925 en *L'Année Sociologique*:

En el fondo nuestras ciencias sufren un grave desequilibrio: en un sentido están demasiado preocupadas por unos “orígenes” que, en efecto, no pueden ser alcanzados. En otro aspecto, se nos muestran demasiado inquietas por fenómenos que no pasan de ser extremidades, no siempre normales, de largas cadenas de evolución y de disolución. De ahí que las investigaciones sobre sociología religiosa resulten exageradamente ‘antropológicas’, y las investigaciones sobre sociología económica, ‘actuales en exceso’. La obra de los próximos años consistirá en la corrección de estos dos errores.<sup>16</sup>

He ahí de nuevo un llamado al diálogo y la ratificación de que entre ciencias sociales e historia existe una tensión que no resulta superable y que tiene una forma de realización particular –en el sentido que la palabra realización tiene en el vocabulario de Marx– en cada ejercicio concreto de investigación histórica o sociológica. De este modo, y en atención a la tarea propuesta por Mauss –lo que él llama “la corrección de estos dos errores”–, el camino no puede ser otro que la historización profunda de las ciencias sociales, a través de la valoración precisa de una variable como el tiempo; y el de la apropiación de los modelos y categorías sociales más probados de las ciencias sociales por parte de la historia.

Pero una tarea de complementariedades y de búsqueda de ventajas comparativas que no debe ser planteada sola ni principalmente en el plano de los “principios” o

---

<sup>16</sup> Cf. en general MARCEL MAUSS, *Sociología y antropología –Tercera parte–* [1968]. Tecnos, Madrid, 1991. en la cultura sociológica nacional, una actitud prudente desde sus trabajos iniciales y hasta hace algunos años fue la de FALS BORDA, quien escribió en 1955: “Además, Saucío no podía comprenderse limitándose a utilizar un enfoque de corte transversal. Subsistían muchas lagunas que no podían llenarse a menos que también se empleara un enfoque de secuencia cronológica. Por ello la investigación requirió no sólo valerse de formularios, emplear la observación por participación y realizar otras clases de trabajos sobre el terreno, sino también penetrar en los recintos de los archivos y acudir a las primeras crónicas y a los historiadores de cada periodo.” Cf. ORLANDO FALS BORDA, *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*. Universidad Nacional, Bogotá, 1961. De paso podemos citar las palabras con que DARIO FAJARDO caracterizó (Cf. Prólogo a *Campesinos de los Andes*, Punta de Lanza, Bogotá, Quinta edición) el trabajo de FALS BORDA, pues tales palabras pueden servir para recordar algunas de las virtudes del investigador social, sea este sociólogo o historiador: “... rigor en la documentación, detalle descriptivo, conciencia del significado de la historia, preocupación por la totalidad de los fenómenos estudiados”.



de las declaraciones formales sino de los funcionamientos prácticos; tarea que no debe dejar por fuera el terreno concreto de las estrategias de investigación, en donde cada de las ciencias sociales y la historia han sabido especializar perspectivas de método y análisis –por ejemplo el análisis documental, la estadística social o el método etnográfico, etc.– que, dentro de ciertos límites y por fuera del superficial postulado de “todo vale” (Feyerabend), faciliten un enriquecimiento mutuo y la multiplicación de perspectivas en la consideración de los objetos de investigación previamente bosquejados.

4. En el campo de la sociología podemos encontrar –entre varias- una lección admirable sobre la relación posible de establecer entre esta disciplina y la historia, en la obra siempre joven de Ch. Wright Mills, *La Imaginación sociológica*.<sup>17</sup> Sea del caso del capítulo sobre “La diversidad humana” en donde Mills advierte sobre cómo solamente el conocimiento comparativo de los distintos tipos históricos de estructuras permite comprender tanto las regularidades sociales como la diversidad de principios que anima el funcionamiento de las estructuras sociales y, sobre todo, el cambio histórico. Sea, también como ejemplo, el capítulo sobre “Los usos de la historia” en donde denuncia la práctica académica formalista y rutinaria de esos rellenos llamados “esbozos del ambiente histórico”, con que “suelen comenzar los estudios de la sociedad contemporánea”. En todos los casos, para Mills se trató siempre de exigir la presencia en el análisis de un enfoque estructural (que vincule los “ambientes sociales”, como escribía Mills), lo mismo que la presencia de una amplia perspectiva histórica que permita aclarar “cuáles pueden ser las condiciones esenciales de lo que estamos tratando de comprender...”. En particular, para no repetir lo que tiene que ver con la utilización del concepto de estructura social, limitémonos a decir con Mills que “todo estudio social bien meditado requiere una concepción de alcance histórico y un uso pleno de materiales históricos”, aunque hay que evitar hacer partícipe a Mills de una cierta concepción habitual entre sociólogos no muy bien informados acerca de las formas reales del trabajo de los historiadores, sociólogos que desearían ver instaurada una forma de división del trabajo en la cual el oficio de recolección y ordenamiento materiales –por fuera del trazo de cualquier determinación previa de un problema y planteamiento de alguna hipótesis mínima- constituyera el sello distintivo de la investigación en historia, mientras que los sociólogos o politólogos se encargarían de las tareas mayores de la generalización y la modelación.

Este es un tipo de concepción habitual –que es además una proyección sobre el plano intelectual de la división social del trabajo entre obreros y capitalistas, entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre trabajo que manda y trabajo que

---

<sup>17</sup> Ch. WRIGHT MILLS, *La imaginación sociológica* [1959]. Cf. en particular capítulos VII: “La diversidad humana”, pp. 146-156, y VIII: “Los usos de la historia”, pp. 157-177.

obedece-, sobre la cual había advertido hace mucho tiempo Germán Colmenares, cuando, comprobando la existencia de esa forma perversa de división del trabajo en el propio campo de la investigación histórica, escribía:

Una observación en cuanto al método: muchos esquemas puramente teóricos parten de un supuesto erróneo sobre la división del trabajo historiográfico. Por un lado, se presume que la búsqueda de datos escuetos y su clasificación más o menos grosera queda confiada a cierto tipo de practicantes de la historia, a esos obreros pacientes que gustan de las comprobaciones minuciosas, muchas de ellas sin importancia. Por otro, se concibe que el planteamiento ‘teóricamente correcto’ de los problemas corresponde, de manera casi exclusiva, a quienes manejan esquemas conceptuales aparatosos.<sup>18</sup>

Volviendo a Mills, recordemos también que su planteamiento tuvo el gran mérito de no encarar el problema de las relaciones entre sociología e historia partiendo de la pregunta falsa de si la historia era una “ciencia”, pregunta que ha sido habitual en los medios académicos y que tiene el defecto de impedir siquiera plantearse el problema de relaciones entre dos formas de conocimiento, ya que para plantearse un sistema de relaciones se exige de antemano una garantía “científica”, considerada de manera abstracta. Por lo demás, esta pregunta, dirigida por sociólogos a historiadores, es simplemente la réplica de la pregunta similar que los economistas le dirigen a los sociólogos con tono irónico, tono acrecentado luego de que buena parte de la llamada corriente dominante en economía –cierta versión de la economía neoclásica- se extravió en los caminos del formalismo matemático; pregunta que a su vez es una réplica de la misma pregunta que de manera sistemática desde el siglo XIX las ciencias llamadas naturales le dirigen al conjunto de las ciencias sociales, al punto que, bajo el peso del prestigio y autoridad que las ciencias naturales obtenían de sus éxitos en el mundo de la industria y de las aplicaciones prácticas, las ciencias sociales decidieron desconocer la propia especificidad de su objeto y por largo tiempo se dedicaron a imitar los modelos de las ciencias que el mundo académico y la opinión dominante llamaron “ciencias exactas”. Mills evitó una pregunta de esta naturaleza y hablaba del “tedioso debate acerca de si el estudio histórico... debe ser considerado una ciencia social”, debate que no le parecía “ni importante ni interesante”.

Pero Mills dijo respecto de nuestro problema muchas más cosas, algunas de ellas en las que poco se insiste, bajo el aparente consenso de la “importancia de la historia” para los estudios sociales. Así por ejemplo, Mills escribió que el sociólogo no sólo debería saber historia, sino que en ocasiones debería aprender a olvidarla: “creo que debemos admitir

---

<sup>18</sup> GERMÁN COLMENARES, Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes –Introducción- [1976]. Tercer Mundo, Bogotá, 1997, p. xix.

que muchas veces tenemos que estudiar historia para librarnos de ella”, escribió, parafraseando de manera directa un conocido texto de Nietzsche, al tiempo que hacía burlas de la llamada “explicación histórica”, que casi siempre entraña un error lógico de procedimiento: el ofrecer como explicación aquello que precisamente debe ser explicado. Así por ejemplo la “tradicición”, palabra que, como se sabe, es un recurso retórico, siempre disponible, ante la falta de una explicación.<sup>19</sup>

Mills señaló también que el sociólogo —o quien se ocupe de un problema sociológico contemporáneo, ya que tales problemas no son un monopolio de quien puede mostrar una credencial en esa disciplina—, como inicial perspectiva de método, debería colocar primero sus ojos en la perspectiva estructural —el dice “funcional”, recordando un viejo debate en antropología—, en el sentido presente del acontecimiento que quiere comprender, antes de intentar la llamada “explicación por la historia”:

... creo que con frecuencia es una buena regla, al trabajar sobre una sociedad contemporánea, intentar explicar sus rasgos contemporáneos en relación con su función contemporánea.

Pero Wright Mills fue aún más lejos, recogiendo en sus análisis una idea que es casi un prejuicio popular sobre la sociedad norteamericana y que ya Alexis de Tocqueville y Federico Engels habían formulado y que es la siguiente: que por carecer de un pasado colonial de Antiguo Régimen que funcionara a la manera de un peso muerto, esto es, por carecer de una “estructura pesada” condicionante en alto grado de la acción histórica —ya que las sociedades de órdenes tienden a privilegiar la acción colectiva e individual calcada sobre el modelo del pasado, de lo objetivado bajo la forma de una tradición, restando dinamismo a muchos de sus procesos de cambio— los Estados Unidos resultaba ser una sociedad “para la cual son menos pertinentes las explicaciones históricas que para muchas otras sociedades y épocas, atrapadas en un ciclo histórico de hierro”. Según las propias palabras de Mills:

La ausencia de una época feudal es condición esencial de muchos rasgos de la sociedad norteamericana, entre ellos el carácter de su élite y su extremada fluidez en que respecta a situaciones sociales<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> En las ciencias sociales en el país, en los últimos años, este tipo de explicaciones han sido habituales. Así por ejemplo, en ese tipo de explicación en apariencia tan sabia que recurre al vocablo “cultura”, para intentar explicar lo que desconoce (por ejemplo cuando se elude la explicación de un problema diciendo que se trata de un problema de “tradicición cultural”, de “cultura”). De manera sistemática la explicación “por la cultura”, que es además una forma pobre de determinismo extremo, se combina con otra aparente forma de explicación, en este caso intencionalista, a la que denominan “ausencia o falta de voluntad”, como si la acción histórica y la capacidad de los actores dependiera del “deseo”, falsa explicación, habitual sobre todo en los llamados estudios políticos.

<sup>20</sup> C.W. Mills, *La imaginación sociológica*, op. cit., 170.

Esta idea de la importancia variable de la “explicación por la historia”, idea de la que Mills acertadamente decía que debería ser discutida y sometida al propio examen histórico, recibió en *La Imaginación sociológica* una formulación positiva:

Creo que épocas y sociedades difieren en cuanto a que su comprensión requiera referencias directas a “factores históricos”. El carácter histórico de una sociedad dada en una época dada puede ser tal, que el “pasado histórico” tenga sólo una importancia indirecta para comprenderla.<sup>21</sup>

Observo que se encuentra ahí una formulación al tiempo esencial y problemática; y que habría necesidad de discutirla no sólo en términos de una “sociedad” y de una “época”, sino en los propios términos de la multiplicidad de procesos de distinto nivel y diferentes duraciones que conforman el espesor de una sociedad concreta, idea que no se encuentra en Mills, es decir, ¡habría que hacer historia!

Se trataría, de manera precisa, de intentar poner cada uno de los procesos o series de acontecimientos que queremos investigar en perspectiva, dotándolos del conjunto de condiciones que permiten su comprensión integral, para lo cual habría que ponderar, para cada problema de investigación, el peso específico que se le otorga a la llamada “explicación histórica”, lo que permitiría, de paso, enfrentar una de las dificultades con que más padecemos los investigadores sociales: la determinación de los contextos que permiten construir la inteligibilidad de un problema, determinación que por ahora sigue siendo enfrentada bajo la idea de “antecedentes del problema”, olvidando que no existen antecedentes “universales” y que el único contexto real en la explicación de un problema es el que produce e impone el propio problema de investigación. Parodiando una frase de Pierre Vilar diríamos que no se trata de que los sociólogos se dediquen a escribir la historia de Colombia (en la acepción tradicional que el sentido común otorga a ese tipo de estudios), sino que sean capaces de pensar sus objetos históricamente, es decir como objetos estructurados y estructurándose en el tiempo.

5. Pienso que el problema propuesto en los anteriores renglones había encontrado desde hace tiempo un planteamiento y una respuesta –discutibles como lo es todo en la actividad de las ciencias- en algunos de los trabajos de Marx, y particularmente en los textos que los comentaristas y editores denominan textos políticos, en los que se enfrentó al análisis de las relaciones entre el pasado y el presente en la consideración de un acontecimiento. La posición es perfectamente clara en el celebrado *Dieciocho Brumario* de Luis Bonaparte, en donde el examen de un “acontecimiento de superficie” (un golpe de Estado) remite a un ciclo histórico de más de medio siglo... pero no propiamente en términos de “antecedentes”.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Idem, p. 168.

<sup>22</sup> Caracterizando algunas de las obras que en su época se escribieron sobre el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, “el sobrino del tío”, Marx dirá: “Víctor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa

Se pueden recordar también los análisis poco conocidos de Marx sobre los acontecimientos políticos de la mitad del siglo XIX en España y en general sobre la historia política española del siglo XIX. Se trata de un conjunto de artículos de prensa publicados en los Estados Unidos y en donde, en lo inmediato, Marx quería explicar a sus lectores una “militarada” –la expresión es de Pierre Vilar-, y para ello estimó necesario pensar la sociedad española históricamente.<sup>23</sup>

Estudiando la historia de España y tratando de caracterizar las formas de resistencia de la sociedad y el Estado a la invasión napoleónica de 1808, Marx llega a la conclusión de que ni ese fenómeno ni la fortaleza de los poderes regionales y municipales podrían explicarse, en su función actual, sin remitirse a un marco cronológico amplio, que resulta ser el periodo aparentemente viejo y superado de la lucha de resistencia contra la invasión de los árabes, hecho alejado en el tiempo por varios siglos. Y tratando de descifrar las formas concretas de las actitudes políticas del campesinado mostrará que tal problema no podría comprenderse sino sobre la base del análisis de un tipo de “mentalidad” que, si bien conformada sobre condiciones sociales desaparecidas, seguía obrando como un peso real en las luchas de la sociedad española por su independencia frente a la invasión napoleónica (poniendo de presente, por lo demás, su compleja idea de causalidad, pues se trata de los efectos reales de acontecimientos cuyas “causas” hace tiempo habían desaparecido). Marx escribe que:

... era un rasgo peculiar de España el que todo campesino que tenía un escudo tallado en piedra sobre su mísera cabaña se considera un hijodalgo,

Para agregar más adelante

... en las pocas provincias en donde la población rural tomó, por excepción, parte activa en la pugna, lo hizo más al lado de la contrarrevolución, hecho que no debe extrañar en España.

¿Qué ha ocurrido? Que en sus análisis Marx se ha encontrado con las largas duraciones, con los “ciclos históricos de hierro”, con la reactualización en las luchas

---

insectiva contra el editor responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo en cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo... Por su parte, Prudhom intenta presentar el golpe de Estado como resultado de un desarrollo histórico anterior. Pero, entre las manos, la construcción histórica del golpe de Estado se le convierte en una apología histórica del héroe del golpe de Estado... Yo, por el contrario, demuestro cómo la lucha de clases creó las circunstancias y condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”. KARL MARX, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, en C. MARX y F. ENGELS, Obras Escogidas I. Moscú, Editorial Progreso, 1973., p. 405.

<sup>23</sup> Cf. K. MARX y F. ENGELS, La revolución en España. Editorial Progreso, Moscú, 1974. Cf. particularmente pp. 7-82. Se trata de un conjunto de breves artículos escritos en 1854 para el New York Tribune. Para estudiar los acontecimientos españoles Marx aprendió a leer en castellano y leyó en seguida

de un pasado que se creía superado. Y desde luego se ha encontrado también con las inercias sociales que le mostrarán el entrecruzamiento, en un solo proceso, de épocas y formas sociales separadas en el “tiempo”. Y entonces escribirá con estilo insuperable:

España... país en el cual durante la guerra de independencia [1808] había campesinos que calzaban espuelas tomadas de la armería de la Alambra y lanzas de fina factura antigua, empleadas en las guerras del siglo XV.

Nos encontramos pues con que cierta forma de análisis y un uso amplio de materiales históricos le permiten a Marx una caracterización de la España de 1808 y de 1850, en términos históricos y actuales; y entonces nombrará a España como “ese almacén de antiquísimas costumbres y depósito de todo lo que en otros sitios había hace ya tiempo superado –una caracterización que fue hasta hace alrededor de un cuarto de siglo por lo menos acertada-. Y después de ese largo viaje por la historia de España, tratando de encontrar los periodos de génesis de elementos que siguen operando en la estructuración política y cultural del acontecimiento presente, Marx dirá a sus lectores:

Los hechos e influencias que hemos indicado sucintamente siguen obrando en la formación de los destinos y en la orientación de los impulsos [del pueblo español]. Los hemos presentado porque son necesarios no sólo para apreciar la crisis actual, sino todo lo que ha hecho y sufrido España desde la usurpación napoleónica: un periodo hasta hoy de cerca de cincuenta años.<sup>24</sup>

---

lo que estimó como lo mejor de la bibliografía sobre el tema -Lope de Vega y Calderón de la Barca, entre otros, para un tiempo después escribir a su amigo Engels: “y ahora en pleno Don Quijote”-. Cf. sobre esto PIERRE VILAR, “Historia marxista, historia en construcción”, en J. LE GOFF y P. NORA, *Hacer la historia*. Vol. 1, op. cit., pp. 179-219.

<sup>24</sup> Parodiando un texto de UMBERTO ECO –Apostilla a ‘El nombre de la rosa’. Barcelona, Lumen, 1983- podríamos decir que, en silencio y con risa, Marx decía a sus lectores: “¿Queréis la actualidad española? ¿Y muchas noticias de sangre y fuego? Pues os llevaré a las provincias, lejos de Madrid, y hablaremos del siglo XII y de los árabes, y después del descubrimiento de América”.

## Referencias

- BLOCH, MARC. *Les rois thaumaturges*. Armand Colin, Paris, 1983.
- BRAUDEL, FERNAND. *Escritos sobre la historia*. F.C.E., Méjico, 1991.
- COLMENARES, GERMÁN. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1997.
- \_\_\_\_\_. *Ensayos sobre historiografía*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1997.
- CHARTIER, ROGER. *El mundo como representación social*. Gedisa, Barcelona, 1992.
- ELIAS, NORBERT. *Conocimiento y poder*. Editorial Piqueta, Madrid, 1994.
- \_\_\_\_\_. *La sociedad cortesana*. F.C.E., Méjico, 1982.
- FALS BORDA, ORLANDO. *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de saucío*. Universidad Nacional, Bogotá, 1961.
- HOBSBAWM, ERIC. *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 1998.
- JARAMILLO URIBE, JAIME. *De la sociología a la historia*. Ediciones Uniandes, Bogotá, 1994.
- LE GOFF, JACQUES Y PIERRE NORA. *Hacer la historia, vol. 1*. Laia. Barcelona, 1978.
- MARX, KARL. *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires. Editorial Siglo XXI, 1970.
- \_\_\_\_\_. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Tomo 2. Ediciones Brumario, Buenos Aires, 1974.
- \_\_\_\_\_. *La ideología alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1975.
- MARX, KARL Y F. ENGELS. *Obras escogidas I*. Editorial Progreso, Moscú, 1973.
- \_\_\_\_\_. *La revolución en España*. Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- MAUSS, MARCEL. *Sociología y antropología*. Tecnos, Madrid, 1991.
- MILLS, WRIGHT. *La imaginación sociológica*, 1959.
- REVEL, JACQUES, comp. *Fernand Braudel et l'histoire*. Hachette, Paris, 1999.
- SCHORSKE, CARL. *Pensar con la historia*. Editorial Taurus, Madrid. 2001.
- VEYNE, PAUL. *Cómo se escribe la historia*. Alianza, Madrid. 1984.
- ZULETA, ESTANISLAO. *Historia económica de Colombia*. Universidad del Tolima, Ibagué, 1975.

**Renán Silva**

Sociólogo e historiador, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad, de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

rsilva@univalle.edu.co